

C U E N T O S S I N C O R O N A



bascope

AUTORA: MIREYA TABUAS
ILUSTRADORA: ÁLIDA RIBBI

Bascope

Quise poner el siguiente anuncio en el periódico:

Se busca a Bascope.
Es un niño de mi edad
Es una cabeza más alto que yo
Es moreno
Juega fútbol
Tiene buena letra
Y solo le falta la barajita número 27

Pero a los señores de la prensa les pareció absolutamente tonto y no hubo forma de que lo publicaran.

Si Bascope fuera un rico ejecutivo de maletín de cuero, un actor de la televisión o el heredero que raptaron unos malhechores a toda la gente le sonaría muy importante mi búsqueda. Como una cuestión de vida o muerte.

—Noticia de primera plana, dirían los periodistas.

También, estoy segura de que si Bascopé fuera un elefante con alas, un unicornio verde, un príncipe encantado por una bruja o un dragón nadie consideraría estúpido que una niña lo estuviera buscando. Les parecería muy imaginativo. Es más, todos exclamarían al unísono:

—¡Ohhhhhhhhhhhhhhh!

Y prestarían toda su colaboración.

Dirían frases como:

—No encontré al unicornio que pediste, pero te traje un dálmata de peluche. Es de raza pura.

O,

—¿No preferirías un elefante de mármol? Es muy costoso, además no hace ruido, ni ensucia los muebles. Tengo uno en mi casa y nadie lo usa.

En fin, a todos les parecería sumamente liiiiindo que la nena estuviera tratando de localizar un bicho fantástico.

Pero que Bascopé sea tan solo un niño que estudió conmigo en Tercer Grado "A" parece no tener ninguna gracia para nadie. No es interesante. Nunca saldría en los noticieros como primicia de última hora.

Entonces ¿cómo encontrar a Bascopé?

Aunque estudiamos juntos durante todo un año, Bascopé nunca se sentó a mi lado, ni jugamos en el recreo, ni me prestó su capasuntas, perdón, sacapuntas (Bascopé me hace confundir las palabras). Pero yo quería ser amiga suya, claro que quería.

Y es que él era alto, tan alto que tapaba a Doreen Drujan, la niña que se sentaba en el pupitre de atrás. Y era moreno y a todos hacía reír con los buenos chistes que contaba cuando la profesora Loló salía del salón.

Yo, en cambio, soy pequeña y me da miedo hablar delante de todos. Es un miedo así de casi hacerme pipí cuando tengo que pasar al pizarrón y todas las miradas se clavan en mí. Y si Bascopé me ve es peor porque se me enreda la lengua.

—A ver, dígame los cinco continentes.

—Maecira, Aisa, Friaca, Uroepa y Aceoina.

—América, Asia, África, Europa y Oceanía—
corregía el propio Bascopé que siempre respondía demasiado bien las preguntas.

Bascope siempre andaba rodeado de muchos amigos para jugar en el patio. Yo en cambio siempre la he pasado sola. A él lo invitaban a todas las fiestas de cumpleaños. A mí no. Él era el mejor jugador de fútbol, de béisbol y de baloncesto. Yo no sabía ni hacer la vuelta canela y si me tocaba participar en un equipo de volibol (obligada por la profesora), todas mis compañeras protestaban:

—Si ella juega, vamos a perder.

Pero a pesar de todo, yo sabía que entre Bascope y yo había demasiadas cosas en común que él ni sospechaba: los dos teníamos nueve años, éramos los únicos del salón que sabíamos de memoria de tabla de dividir. Él también tenía un lunar en el pie izquierdo que se lo vi un día en la clase de natación. Y solo a nosotros dos nos faltaba apenas una sola barajita para completar el álbum de animales famosos que todo el mundo estaba coleccionando: la número 27, la cabeza del caballo del Zorro. Ya habíamos conseguido la 51, el gato de Alicia de las Maravillas que era bien difícil. Y la temible 77: la culebra de El Principito. Éramos los niños más envidiados del salón, y creo que del universo.

Es por eso que decidí que definitivamente yo tenía que ser amiga de Bascopé. Mirar de cerca sus ojos negros. Tan negros que parecían azul mar adentro.

Pasó el año escolar. Y yo sin hablarle a Bascopé. Sin pedirle prestado el capasuntas, perdón, el sacapuntas. Sin mirarlo a los ojos.

En la foto de fin de curso los dos estamos en primera fila. Él a la izquierda. Elegante (corbata incluida) con la cabeza alta y su sonrisa habitual. Yo, en el otro extremo, diminuta, parada justamente al lado de Ángel, mejor conocido como “bola de grasa ambulante”.

Ese mismo día dieron las boletas. La maestra Loló anunció que Bascopé y yo estábamos empatados. Los dos sacamos 20 y fuimos medalla de honor de la clase.

Bascopé se acercó y me dijo:

—Muchas felicidades

Yo respondí:

—....

Ni enredado pude hablar. Se me fue la voz. Era demasiado difícil tenerlo a tan pocos centímetros de mi. Con sus ojos de viaje submarino. Cualquier sonido sobraba.

No me atreví a decirle que quería ser su amiga. Tampoco se lo comenté en la fiesta de despedida de tercer grado, donde no me sacó a bailar (yo me escondí todo el tiempo en el baño porque yo bailo como hablo: enredado). Mucho menos pude acercarme en la obra de teatro donde actuamos: él era el príncipe (por supuesto) y hasta besaba a Blancanieves que era Patricia, la más bonita del salón. Yo ni siquiera llegué a ser uno de los siete enanitos, porque en vez de Blancanieves pronunciaba Cablanvienes. Terminé interpretando a uno de los conejitos del bosque, de esos que (callados) celebran la boda de los protagonistas en la última escena.

Comenzaron las vacaciones sin Bascopé. Fue entonces cuando sucedió el milagro. Encontré la barajita, la número 27, la cabeza del caballo del Zorro, justo la que nos faltaba a Bascopé y a mí para completar el álbum de animales.

No sabía qué hacer.

Miré el álbum, se veía perfecto todo lleno.

Pero estaban los ojos de barco que tenía Bascopé.

Entonces decidí: no pegué la barajita. Se la daría a él cuando comenzaran las clases. Una buena excusa para hablarle de una vez.

Practiqué frente al espejo:

—Teas jarabita es rapa ti.

Otra vez, y otra..

—Esta jabarita es para ti.

Hasta que por fin salió la correcta.

—Esta barajita es para ti.

Ya estaba lista para pasar a cuarto grado.

El salón estaba limpiecito. Los pupitres allí esperando ser escogidos por cada uno de nosotros. La maestra Carmen era distinta, más joven que la profe Loló, pero menos querida porque apenas la estábamos conociendo. Mis compañeros de clase llegaban poco a poco y estaban raros. Unos habían crecido, otros se habían tomado un litro de sol. A Doreen Drujan le estaban saliendo senos y llevaba unos enormes aparatos de hierro en la boca para ajustarse los dientes. También había tres niños nuevos que nos miraban a todos con ojos preguntones

Allí estaban Alejandro Martínez estrenando zapatos ortopédicos, Alejandro Sánchez con su colección de renacuajos, Bernardo Herrera, José Levi, Daniel Rodríguez, José Luis Ponce, Marcelo Milchberg y hasta Karin Lechner que ya era una pianista famosa. Sebastián colocaba chicle bajo el asiento de Diazgranados que era todo un burguesito y enseñaba a todos, orgulloso, su reloj-gorra-morrall-bolígrafo-chaqueta de Mickey Mouse comprado en Disneyworld.

Pero Bascopé no apareció por ningún lado.

La maestra Carmen pasó la lista:

Alamo Olga

Alviárez Mariángel

Armada Francisco

Barazarte Néstor

Barnola Luis Guillermo

Castillo Rebeca...

Y los demás nombres ni los oí, porque entre Barnola y Castillo no apareció Bascopé.

Fui a ver si la maestra Carmen se había equivocado, si por error había borrado a Bascopé de la lista. O si estaba en otra sección, la B, o la C (sería una gran traición).

Pero Galán se me adelantó y dijo sin anestesia a todo el grupo:

—Bascopé se fue para otro colegio.

Y la barajita que tenía guardada en el bulto (y que a lo mejor nunca me iba a atrever a regalarle a Bascopé) se quedó allí, metida en el fondo de mi morral durante todo el año escolar. No pude pegarla en mi álbum. Yo había prometido dársela a Bascopé. Y no iba a romper una promesa tan importante.

La barajita era como la puerta de entrada a los ojos delfines de Bascopé. Gracias a ella hubiera podido decirle todo lo que teníamos en común. Yo sé jugar ajedrez tan bien como él. Y colecciono todas las historietas de Tintín. Y adoro al capitán Haddock. Y me devoro los libros de los Cinco. Y como los perrocalientes solo con mayonesa. Y veo todos los viernes a las seis, sin falta, *Perdidos en el Espacio*; que también es su programa favorito. Y detesto como él las clases de flauta. La misma melodía siempre:

Sol

Fa

Mi Mi Mi

Re Re Re

Do Do Do

Hace un mes fue carnaval. Me disfracé de luciérnaga. Melián, uno de los niños nuevos del salón, se vistió de Charles Chaplin. Caminaba como Chaplin, tenía el sombrero de Chaplin, y los bigotes de Chaplin. Melián me sacó a bailar y no le importó que le pisara los pies, ni que me cayera, ni que los demás niños se rieran, ni que yo me pusiera a llorar, ni que saliera corriendo. Al día siguiente me enseñó a jugar perinola en el recreo. A Melián no le gusta el ajedrez, ni se sabe la tabla de dividir, ni lee ningún libro, ni saca 20, ni tiene ojos de marinero. Pero a él sí le puedo pedir correctamente el sa-ca-pun-tas.

Además, a Melián le faltan cuarenta y siete estampitas para llenar el álbum de animales.

Aquí está a mi lado la barajita. La cabeza del caballo del Zorro se está destiñendo. Los bordes están todos arrugados. Pronto no servirá para nada.

No aguanto más. Quisiera pegarla en su respectiva página. Decirle a todos que soy la primera niña del mundo que completé la colección. Todos me envidiarían.

Por eso busco a Bascopé. Quiero darle de una buena vez la barajita número 27 antes de que sea demasiado tarde, me venza la tentación, tome la goma y la pegue en mi álbum.

O se la dé a Melián.

Por eso escribí esto. A ver si me puedes ayudar.
Corre la voz.

Dile a Bascopé que lo estoy buscando
urgentemente.

Del libro "*Cuentos para leer a escondidas*" de Mireya Tabuas.

Ilustración de Álda Ribbi

Actividades propuestas

- ¿Viste que la protagonista decía mal el nombre de los cinco continentes? Te invito a que tú escribas el nombre correcto y la ubicación de cada uno de los continentes en un mapa mundial.
- Tú puedes hacer un pequeño álbum de barajitas. Dibuja tus animales favoritos, recórtalos y pégalos en un cuaderno, cada uno con un número.
- Con las letras de una palabra se pueden formar muchas otras. Te invito a que busques todas las palabras escondidas en las siguientes palabras.

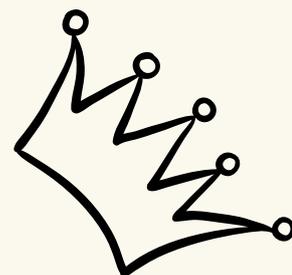
SUBMARINO

BLANCANIEVES

(Ejemplo: MAESTRA: Tema, meta, mesa, esa, esta, remas, rama, rata, trama...)

- Busca también las palabras escondidas en tu nombre ¡puedes encontrar muchas sorpresas!

CUENTOS SIN CORONA



Este es un proyecto sin fines de lucro que se propone la difusión online de literatura infantil y juvenil, para acompañar a los niños y adolescentes, y también a sus familias y escuelas, en tiempos de coronavirus.

Cada historia estará apoyada de propuestas de actividades complementarias a la lectura.

Textos e imágenes han sido donados por los autores para este proyecto exclusivamente.

Abril, 2020

Contactos:

Autora: mtabuas@gmail.com

Ilustradora: alidaribbi@gmail.com